

*Alegría y lucha interior*¹

1. Como no podía ser de otra manera, en las narraciones de los encuentros de Jesús resucitado con sus discípulos, una nota distintiva es *la alegría*. Lo acabamos de comprobar en el pasaje de san Lucas que se nos propone el día de hoy: *como ellos no acababan de creer de pura alegría y seguían atónitos...*²

Es lo que, un poco antes, les había ocurrido a los discípulos de Emaús, a las santas mujeres, a María Magdalena... El encuentro con Jesús siempre produce alegría, pero en estas circunstancias, es natural, con mucho mayor motivo. Pensaban que su querido Maestro había muerto en medio de los mayores tormentos y humillaciones y resulta que ahora está vivo y glorioso. *No teman, les dice: soy yo. ¿Por qué se espantan? ¿Por qué surgen dudas en su interior? Miren mis manos y mis pies. Soy yo en persona*³.

2. Los cristianos, por definición, tenemos que estar alegres y optimistas siempre. Con una alegría que tiene su último fundamento en la filiación divina. Vamos alegres por la vida porque gracias a Cristo y a su victoria ¡somos hijos de Dios!

Bien lo destaca la oración colecta: *Dios nuestro, que tu pueblo (...) al alegrarse hoy por haber recobrado la dignidad de su adopción filial, aguarde seguro, con gozosa esperanza, el día de la resurrección*⁴.

El agua con la nos rociaron en la noche de la Vigilia Pascual tenía la finalidad de recordarnos nuestro bautismo, gracias al cual pasamos de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz, de la tristeza y soledad a la alegría incontenible. Vamos a recordarlo también hoy. Cristo no nos deja nunca solos. Como ocurrió en más de alguna ocasión con los discípulos, si nos ve en la barca batallando con la tormenta, con el viento fuerte en contra y en medio de la oscuridad de la noche, viene a nuestro encuentro y nos dice: *Soy yo, no tengan miedo*⁵.

3. Ahora bien. Es importante puntualizar que Jesús no nos ofrece una vida color de rosa. Nunca promete a los suyos miel sobre hojuelas. Lo que nos promete es su apoyo, su compañía, su gracia salvadora para afrontar las inevitables dificultades de la vida.

Predicaba en una ocasión el beato Álvaro del Portillo, el sucesor de san Josemaría: *En la pelea espiritual que hemos de sostener, a veces venceremos y a veces seremos vencidos. Pero todos hemos de luchar llenos de esperanza. Nadie puede desertar de esta guerra interior, personal: en la vida del alma, quien no pelea es un vencido; en cambio quien recomienza una vez y otra, gana siempre. En Roma, cerca del Puente Milvio, donde Constantino venció aquella batalla que señaló el fin de las persecuciones contra los cristianos y el principio de una nueva era para la Iglesia, hay una inscripción sobre un*

¹ III domingo de Pascua, B.

² Evangelio Lucas 24, 41.

³ Lucas 24, 38-39.

⁴ Misal Romano, Oración colecta del III domingo de Pascua.

⁵ Juan 6, 20.

*arco, que reza: **Victóres victúri**, los que vencen serán vencedores. Hijo mío: tú, a pesar de tus derrotas, si cada vez reanudas la pelea, con la ayuda de Dios te llamarás vencedor. Al Señor le basta con esa buena voluntad nuestra, para darnos graciosamente la corona⁶.*

Hay una diferencia abismal entre enfocar las cosas de manera simplemente humana a enfocarlas con sentido cristiano y sobrenatural. Humanamente el que pierde una batalla es un vencido, un pobre fracasado. Mientras que en la vida cristiana siempre podemos salir victoriosos a pesar de las derrotas parciales, si seguimos luchando. Si sabemos humillarnos y pedir perdón cuando sea necesario. Si mantenemos el espíritu deportivo en las peripecias de nuestra existencia.

4. El Señor está a nuestro lado. En los incidentes de la convivencia familiar; también cuando sean dolorosos o tristes; en las pequeñas o grandes frustraciones que podamos tener en el trabajo profesional: falta de reconocimiento, ser objeto de alguna calumnia, o de un despido injustificado... En el trastorno que implica la aparición de algún accidente o enfermedad... En cualquier circunstancia, no lo olvidemos, Jesús está con nosotros. Y, con él, tenemos que estar *siempre alegres para hacer felices a los demás*, como se titulaba un bonito libro de hace algunos años.

Por tanto, podemos estar cansados, enfermos, desanimados... pero nunca tristes. Si se asomara la tristeza que es siempre, como decía san Josemaría, *aliada del enemigo*, les recomiendo tres cosas: 1) buscar al Señor en la oración. Es un remedio que viene de buena mano, el apóstol Santiago y lo recomendaba siempre nuestro patrono. No es difícil porque, insisto, Jesús está siempre junto a nosotros, dentro incluso de nosotros; 2) empeñarnos en hacer la vida agradable a los demás, olvidándonos un poco de nosotros mismos y de nuestros problemas; y 3) abrir el alma en una confiada conversación de dirección espiritual. No está de más recordar que las penas, compartidas disminuyen. Mientras que las alegrías compartidas se agrandan. Cuántas veces ocurre que una plática así equivale a abrir una ventana en un cuarto lleno de humo. En un instante cambia todo. ¡Santo remedio!

5. Que María a la que felicitamos con gozo en este tiempo pascual con el rezo del *Regina Coeli*, nos consiga de su Hijo la gracia de vivir, en esta Pascua y siempre, con la alegría de los hijos de Dios.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 15 de abril de 2018

⁶ Homilía en el santuario de Torreciudad (España), 24-VII-1988. *En Como sal y como luz*, n. 210. Selección de textos sobre la vida cristiana.

